

ENVEJECER: DESTINO Y MISIÓN¹

EDUARDO LÓPEZ AZPITARTE

Introducción

Hasta hace muy poco tiempo, sólo una pequeña parte de la comunidad llegaba a la categoría de persona mayor. Los niños y jóvenes formaban la gran base de la sociedad, en cuya cúpula aparecían los pocos privilegiados que resistieron con éxito en la lucha por la subsistencia. La vejez era un acontecimiento personal, pero el envejecimiento no se había convertido aún en una preocupación social y universalizada. Es más, los que alcanzaban esa cumbre no era para gozar mucho tiempo en ella, pues la mayoría estaban destinados a una muerte cercana.

Las circunstancias han cambiado de manera significativa. No solo el número de ancianos ha aumentado ya, y continuará creciendo en proporciones que hace poco no se podían sospechar, sino que la calidad de vida de estas personas ha posibilitado que los años de la vejez se vivan en otras condiciones bastantes diferentes a las de nuestros antepasados. La llamada *tercera edad* abarca a una porción considerable de la población mundial que, durante un prolongado espacio de tiempo, conservará sus capacidades físicas e intelectuales sin deterioros significativos. Por eso, cuando son muchas las personas que vivirán esta larga fase final de su existencia, se hace menos comprensible la despreocupación generalizada que todavía existe frente a este acontecimiento.

Comprendo que para muchos la perspectiva de la vejez no sea especialmente atrayente. Pero todos deberíamos reflexionar sobre lo que ella supone, ya que nadie escapa a este destino que nos ha sido impuesto. Y la preparación debería tener como meta un objetivo sencillo, aunque no sea tan fácil de conseguir: superar cualquier tipo de amargura y desesperanza. Es lo que desearía que el

¹ El autor nos ofrece en este artículo un resumen de su libro: *Envejecer: Destino y misión*, San Pablo, Madrid 1999, 212 pp.

lector sacara de la lectura de estas páginas, cuyas ideas fundamentales resumo con brevedad.

La fugacidad de lo humano

La filosofía moderna insistió mucho en esta angustia existencial, como patrimonio de todo ser que viaja por este mundo. Desde que se nace, la existencia está tejida de duelos constantes, pues no es posible avanzar sin el abandono de todo lo que se pierde con el tiempo. Caminar por la vida es despedirse del ayer que pasó, repetir muchas veces un gesto de adiós hacia tantas realidades que se alejan del corazón. El ser humano toma conciencia de su temporalidad por la experiencia concreta de todo lo que pertenece al pasado, como pequeños despojos que ha de aceptar precisamente para continuar adelante. No se necesita mucho tiempo para vivenciar interiormente este convencimiento. Cada paso que se da hacia delante supone dejar por detrás una huella, en la que no podemos afincarnos, si no se quiere parar la marcha. La vida es como una muerte que se prolonga, pero que, en la medida que nos respeta por más tiempo, es señal de que se encuentra más cerca.

Desde esta perspectiva, la vida y la muerte se entretajan inseparablemente en el tejido de la existencia. Vivir es morir cada día un poco. El ser humano que se dirige hacia el futuro es un nómada permanente, un peregrino que cada mañana recoge su hatillo, sin encontrar una morada estable. Son vivencias que brotan en circunstancias diferentes con mayor o menor fuerza, de manera esporádica o permanente, pero que terminan por despertar el sentimiento de que la vida se va gastando y corre hacia el final. Está plenamente justificado que el adjetivo «mortal» se haya sustantivado como sinónimo y expresión del ser humano.

Lo que sucede es que, durante bastante tiempo, aunque uno sepa que es mortal, la experiencia de la mortandad no se ha hecho aún presente en la conciencia. Mientras se asciende con el deseo de alcanzar la plenitud del adulto, el terreno que se deja por detrás no es una pérdida que se abandona, sino una nueva conquista para llegar a la cumbre. Mientras que la vida se abre y se ilumina, como el sol que nace cada mañana, no hay por qué pensar en el atardecer, cuando la luz se difumina y anuncia el ocaso. Ello requiere un margen suficiente del tiempo que desgasta y nos pone en contacto con nuestra limitación. El joven y el adulto viven de cara a un futuro cargado de sorpresas con el que se sienten ilusionados. Aun en las circunstancias difíciles esa ilusión se hace presente para encubrir con suavidad las aristas más pesadas y molestas. Nadie piensa tampoco que, entre los heridos o muertos de cada fin de semana, están como candidatos todos los que viajan por carretera, hasta que alguna vez se experimenta de cerca lo que significa tener un accidente y haberse salvado de

milagro. Quiero decir, que cuando se goza de un paisaje espléndido, nadie se acuerda de las tinieblas que caerán al anochecer.

Por eso es difícil que, durante el tiempo de la juventud y madurez, antes de comenzar los pequeños declives pero significativos, se comprenda lo que significa la finitud. No se toma conciencia cuando se evoluciona hacia niveles superiores, se multiplican las posibilidades, la experiencia aumenta, se consiguen objetivos y quedan aún por delante muchas ilusiones por realizar. Es en el momento de la involución, cuando se siente que sólo resta por delante un descenso cada vez más rápido, desde la cima que se había alcanzado. Y es que todo lo que uno sospecha y se imagina no se conoce de verdad hasta que no se experimenta con el realismo de los hechos.

La experiencia del envejecimiento social

Son muchos los factores que hacen tomar conciencia de este proceso, mucho antes, incluso, de que comience el deterioro biológico. La jubilación es sin duda uno de los momentos más críticos y significativos, pues constituye la proclamación oficial de que la etapa más importante de la vida, cuando la profesión y el trabajo nos incorpora plenamente a la sociedad, queda cerrada para siempre. La adaptación a esta nueva etapa llega a vivirse de manera diferente, en función de las circunstancias personales y de la misma profesión ejercida. Para una mayoría, sin embargo, la nueva situación no resulta tan idílica y deseable. Se trata, en el fondo, de una *muerte social* por la que se excluye del trabajo a seres que ya no tienen espacio en el campo laboral, cuando más de un 60 % desearía continuar en activo y sentirse integrado en una sociedad que prefiere marginarlo. Es un toque de atención que les recuerda una realidad dolorosa: empiezan a sobrar en un mundo donde serán sustituidos por otros, no siempre con mayor ilusión y dinamismo.

La realidad demuestra lo que duele aceptar la hora del relevo, del aparcamiento, cuando llegan nuevas generaciones que desean abrirse paso y se empieza a no contar ya con la experiencia de los mayores. Una fuerte mayoría no acepta con resignación que ha llegado el momento del retiro. Quieren proclamar y convencerse a sí mismos, contra la injusticia que los otros cometen, que aún están capacitados para cumplir con las tareas de antes y con una experiencia muy superior a la de cualquier novato. Existen personas tan ingenuas o cegatas que están convencidas de que los más jóvenes nunca podrán actuar con la garantía que ellas ofrecen, como si con anterioridad no hubieran existido otras generaciones que habrían podido aplicarles a ellas este absurdo criterio. Nos cuesta entregar el testigo, como si fuera un robo que nos hacen cuando alguien nos

sustituye, sin acordarnos que eso mismo hicimos con otros mayores y sin ningún complejo de culpa, cuando también se apartó a los que nos precedían.

La palabra jubilación viene de júbilo, alegría, y para algunos será la hora de un reposo merecido, pero para la mayoría, si no es una condena a la marginación, no constituye ninguna buena noticia que se recibe con gozo. Supone, además, el abandono de un grupo con el que se encontraban vinculados por los intereses y preocupaciones comunes, con el que se comentaban los acontecimientos diarios, en el que se habían encontrado buenos amigos, cuya relación ya no es fácil mantener por diferentes circunstancias. Y, sobre todo, queda por dentro un sentimiento que no siempre se explicita con claridad. Ha transcurrido la mayor parte de la vida y la marginación laboral que la sociedad impone –aunque se siga trabajando ya no es de la misma manera–, me anuncia con mayor fuerza que se ha llegado a la penúltima estación. En la próxima, habrá que bajar sin remedio.

La misma desaparición de sus antiguas amistades ahonda todavía más el hueco y aislamiento de su entorno. Cuando miran a su alrededor, ya no encuentran los buenos amigos de siempre que han ido desapareciendo. Se recuerda a los muchos que conocimos y nos precedieron, descubriendo con sorpresa que nos dejaron hace 15 ó 20 años, cuando parece que todavía ayer dialogábamos con ellos. Hay que mirar hacia atrás para alimentarse de recuerdos que alivien, pues hacia el frente pocas ilusiones quedan. La memoria no funciona ya como el cine que registra secuencias continuas y en movimiento. Deja de ser una película para convertirse en un álbum de fotos que guardan la nostalgia del pasado. Con ella se escapa y huye muchas veces de una situación que no encierra mayores esperanzas, se construye un pequeño paraíso del que nadie puede expulsarle. Tal vez sea un hecho providente que, a estas edades, sólo se pierda el recuerdo de los hechos más recientes que no suelen ser los más agradables.

La decadencia biológica del organismo

Es lógico, por otra parte, que a partir de esta edad el deterioro orgánico, que ya se había constatado con anterioridad, aumente de forma progresiva. Aunque no exista ningún signo que separe con nitidez el momento en que el declive se aleja de todos los anteriores, en los que aún no se constataba, se da una experiencia de la que nadie puede escaparse. De una forma casi imperceptible, sin ningún ruido que alerte de su presencia, como si no quisiera llamar la atención porque no se constatan cambios significativos, la edad va dejando su huella en el organismo. Heridas pequeñas que no molestan en exceso, ya que cicatrizan con facilidad, pero dejan constancia de que nos vamos haciendo vulnerables. Como la evolución es tan silenciosa, no parece que exista ninguna novedad importante;

de la misma manera que el reflejo diario del rostro en el espejo no advierte que la fisonomía evoluciona de un día para otro. Basta contemplar la foto de unos años atrás para comprender que, siendo el mismo, no todo permanece igual.

La enfermedad, sobre todo cuando no es algo leve y pasajero, revela la vulnerabilidad de la carne que no había provocado hasta el momento ningún tipo de protesta. Si la salud es el silencio pacífico del organismo, podríamos definir a la enfermedad como el grito del cuerpo que se siente amenazado no sólo por el desorden de su biología, sino por todo el mundo simbólico que despierta y que afecta también, mucho más de lo que a veces creemos, a toda la psicología del individuo. Es una experiencia de la finitud y de la impotencia que despoja a las personas de su propia seguridad. Mientras todo funcionaba con suficiente normalidad, el cuerpo no hacía sentir su presencia, como buen amigo que acompaña con discreción. Sólo protesta cuando la garganta, el estómago o la cabeza se sienten amenazados por el dolor, que avisa, como atento vigilante, una amenaza que nos pone en peligro. A medida que pasa el tiempo, la debilidad y los fallos del organismo levantan con más frecuencia su voz.

Este declive conduce de forma progresiva hacia una pérdida cada vez mayor de autonomía e independencia. Sujetos que llevaron adelante grandes empresas o pequeñas tareas y que respondieron a los múltiples desafíos de la vida con responsabilidad y prudencia, ahora empiezan a depender de los demás, que cada vez resultan más necesarios hasta para las actividades más vulgares e insignificantes. Impresiona contemplar a estos ancianos impedidos, que requieren ayuda y atención constante, con una capacidad de movimientos y decisiones muy limitada, cuando se les conoció, algunos años atrás, en medio de una actividad y energía desbordante.

La vergüenza de saberse y sentirse molesto pesa, entonces, como una carga difícil de soportar, máxime cuando el anciano advierte que su condición impide también a los que le rodean que puedan gozar de su plena libertad y autonomía. Es frecuente que, entre los miedos más aterradores de cara al futuro, se descubra escondida esta posibilidad: el temor de ser no sólo inútil, sino de convertirse, además, en una molestia y en un obstáculo que otros tendrán que aguantar. Se desea vivir largo tiempo, pero todos prefieren morir antes de llegar a esa situación. El dolor psicológico de reconocerse como un peso muerto, dependiente para todo de la buena voluntad ajena, es más hondo y humillante que cualquier otro sufrimiento. Por eso, no queda otro consuelo que evocar su pasado para que otros vean –y la misma persona mayor se convenza– que sigue siendo alguien, a pesar de las deficiencias actuales. Si necesita repetir los acontecimientos de su historia es porque desea que otros la escuchen para que nadie olvide que su vida fue bastante diferente a la que ahora se va apagando.

Aunque a veces no se llegue a esta situación límite, nada hay más triste que la añoranza y deseo de algunos ancianos por encontrarse con la muerte. En tales casos, no es morir lo que anhelan, sino escaparse de unas condiciones que se hacen duras e intolerables, en un ambiente donde no se sienten acogidos. El mismo sufrimiento de cualquier clase se suaviza y tolera, cuando experimentan el cariño y preocupación de su entorno. Un anciano querido espera su hora con tranquilidad, sin prisas de que termine cuanto antes su historia. La inquietud ante un final que se prolonga sería un motivo suficiente para reflexionar sobre los cuidados ofrecidos y las deficiencias en las atenciones que requiere. Nadie que se sienta querido sueña en terminar sus días, como el único camino para su liberación, aunque no tenga tampoco dificultad en salir a su encuentro. Hay algo que tranquiliza la espera, a pesar de todos los achaques. Se trata de conseguir que, en el rostro y en la mirada del anciano, brille la paz, el sosiego y la esperanza que no tienen por qué agotarse en un cuerpo envejecido. La realidad del envejecimiento no podemos cambiarla, pero sí es posible acercarse a ella desde una perspectiva humana y sobrenatural, que prepare y suavice esta experiencia.

La vida como éxodo y peregrinación

A lo largo de la historia han existido muchos términos literarios, poéticos, simbólicos, culturales, religiosos, para expresar el acontecimiento de la vida. Son formas distintas de expresar una misma realidad que nunca se ha considerado, por la experiencia de todos, como eterna y definitiva. En la Biblia se emplea con frecuencia otra expresión, que es aceptable incluso para los que no tengan fe, y recoge, tal vez mejor que otras, la vivencia humana de lo que supone el existir: la vida es fundamentalmente un éxodo; alguien que se pone en camino hacia una meta, sin saber la distancia que resta hasta el final, ni las sorpresas que se presentarán en el camino, ni el tiempo que queda por delante. Vivir es una peregrinación continua, en la que no hay posadas que ofrezcan un descanso definitivo, sino que cada día se toma de nuevo el hatillo sobre el hombro para cubrir de nuevo otra etapa.

Negar esta realidad es como el niño que cierra los ojos para no reconocer lo que le molesta. Un mecanismo infantil que solamente engaña a los ingenuos y no sirve para nada. Hasta cuando se convierte en cólera y protesta, no existe otra salida que reconocer la derrota, pero impuesta ahora por la fuerza. El grito de Unamuno contra el poder de la muerte que aniquila, es una confesión explícita de esta fatalidad: «En una palabra: que con razón, sin razón o contra ella, no me da la gana de morirme. Y cuando al fin me muera, si es del todo, no me habré muerto yo, esto es, no me habré dejado morir, sino que me habrá matado el

destino humano. Como no llegue a perder la cabeza, o mejor aún que la cabeza, el corazón, yo no dimito de la vida; se me destituirá de ella»².

Si la vida es un éxodo, con un comienzo y un fin, hay que aceptar todas las etapas que se van atravesando en cada momento. La totalidad de la existencia no se puede parcelar para quedarse con el terreno que más nos guste o nos conveniga. El peregrino levanta cada mañana su tienda para poner de nuevo el campamento en otro lugar. Después de tantas etapas y de haber recorrido tantos caminos, debería ya haber aprendido que el sueño del paraíso infantil quedó roto por tantas limitaciones y despojos anteriores, que nos descubren nuestra finitud y pequeñez. Y frente al destino del envejecimiento no cabe tampoco otra alternativa que la de la aceptación pacífica y serena, o la negativa rebelde de quien, aunque no quiera esa reconciliación, no tendrá más remedio que soportarla. Cuando se hace de la necesidad una decisión libre, se firma la paz con el destino. Lo contrario no conduce a nada por el carácter inexorable que lo determina y, además, es una fuente de tensión y un gasto de energías, que cansa, agota y destruye toda esperanza.

La felicidad, la relativa felicidad que se nos permite a los humanos, se construye sobre otro presupuesto diferente: la reconciliación amorosa con un destino que forma parte de nuestra existencia. Hasta dentro de una visión agnóstica, sin acudir a ninguna dimensión trascendente, es la única condición para vivir con serenidad. «A veces aparece el cansancio de la finitud, que se traduce en el desconsuelo y zozobra ante la vida; pero es el resultado de una mala educación. Nadie puede cansarse de vivir si está educado en el amor a lo finito»³. La frase me parece de una enorme riqueza psicológica, aunque cueste mucho integrarla con facilidad.

De la misma manera habría que insistir en las ayudas que, desde fuera, necesitan también estas personas. Si nadie debe vivir en la soledad, tampoco es lícito dejar que cada uno recorra este último camino con la impresión de que nadie le ayuda y acompaña. En el fondo, las quejas del anciano son con frecuencia demandas inconscientes para ver si aún se sienten queridos y aceptados. Lo importante para él no es tanto la insignificancia que exige, sino el talante con que se responde a su demanda. Cuando una persona mayor descubre, a través de los mensajes implícitos y ordinarios, que constituye una riqueza y un privilegio para

² M. DE UNAMUNO, *El sentimiento trágico de la vida*, cap. VI, (*Obras completas*, Escelicer, Madrid 1967, vol. VII, 186). Sobre su tumba quedó, sin embargo, aquella otra estrofa de una poesía suya: «Méteme, Padre eterno, en tu pecho,/misterioso hogar,/dormiré allí, pues vengo deshecho/del duro bregar». *Salmos*, vol. V, 224.

³ Ver el interesante opúsculo de E. TIERNO GALVÁN, *¿Qué es ser agnóstico?*, Tecnos, Madrid 1976, p. 82.

los que le cuidan, goza de una tranquilidad básica, en medio de todos los inconvenientes que soporta. La muerte afectiva del que se siente solo y abandonado le resulta más dolorosa que el desenlace final. Y existen demasiados vacíos afectivos en el corazón del anciano.

La dimensión religiosa: todo nace de Dios

Pero existe otra perspectiva, todavía más completa, para acercarse a este mismo fenómeno. Me refiero a la posibilidad que tiene el creyente de iluminarlo con un enfoque sobrenatural, que repercute también en su psicología y desborda hacia fuera en la serenidad de su vida. Nada de lo que hemos dicho hasta ahora pierde su valor, cuando se penetra en el mundo de la fe. El psiquismo humano funciona de la misma manera, al margen de las creencias religiosas. Es más, la vejez será más o menos idéntica, según las condiciones peculiares de cada individuo, sin que la dimensión religiosa intervenga de forma directa en el desarrollo de este proceso. Lo que sí posibilita es un nuevo punto de mira que permite contemplar la misma realidad, con otros matices bastantes diferentes.

Ya desde las primeras páginas del Génesis, se vislumbra el proyecto de Dios sobre la humanidad. Cuando uno se acerca a estos relatos primitivos, no es para encontrar en ellos una preocupación científica o histórica, que explique cómo surgió la vida o cómo se desarrolló todo el proceso hasta la existencia del ser humano. La Biblia no es un libro científico ni una síntesis histórica, que responda a nuestras inquietudes actuales para colmar ignorancias o curiosidades sobre nuestro origen. Sólo nos manifiesta una profunda verdad teológica. Dios está al comienzo de la historia, con un gesto de cariño creador, para que toda existencia se remita a esa fuente primera. Es la fe en un creador que realiza su obra a través de múltiples mediaciones, sobre las cuales los científicos podrán discutir.

En la aurora de aquel comienzo, la razón última no fue el simple azar, sino el amor que quiso poner en movimiento la creación en la que vivimos, y tantos mundos aún desconocidos sobre los que apenas sabemos nada. Ninguna teoría científica podrá negar esta creencia que tampoco elimina ni destruye las posibles hipótesis sobre las que trabaja la ciencia, aunque pueda darle a sus explicaciones una coherencia mayor. «Al principio creó Dios el cielo y la tierra» (Gén 1,1) es la gran verdad que recuerda al creyente sus raíces religiosas.

Y nada termina con la muerte

Pero la fe también nos descubre que el amor de Dios por sus criaturas no permite que todo termine con la destrucción de la muerte, la gran barrera de cualquier utopía humana. Nada de lo que nació en aquella mañana primera de la creación está destinado al fracaso definitivo. Es la gran verdad de la revelación,

aunque con nuestros esquemas es imposible imaginarse, por mucha reflexión que se haga sobre los datos revelados, cómo se realizará semejante transformación. Sólo sabemos, como el pueblo de Israel, que caminamos hacia la tierra prometida, sin otro báculo para apoyarnos que la promesa fiel de su palabra. Como dice bellamente el Vaticano II, «no conocemos ni el tiempo de la nueva tierra y de la nueva humanidad, ni el modo en que el universo se transformará. Pasa ciertamente la figura de este mundo deformado por el pecado, pero se nos enseña que Dios prepara una nueva habitación y una nueva tierra»⁴.

Hay que reconocer que no tenemos esquemas adecuados para penetrar en ese misterio. Cuando san Pablo afirma que por el bautismo hemos sido sepultados en la muerte de Cristo, nos recuerda que también resucitaremos y viviremos con Él (Rom 6,1-8), pero nadie nos explica cómo. También Jesús muere sin la experiencia de la resurrección, entregándose confiado en las manos del Padre. Desde una visión demasiado helenista hemos pensado siempre en la reanimación milagrosa del cadáver destrozado para unirse definitivamente con el alma inmortal. La concepción bíblica es mucho más totalitaria. El término *basar* no hace referencia exclusiva al cuerpo, sino que expresa la forma concreta en la que el individuo se relaciona con el contorno de su existencia. Todo su ser –cuerpo, alma, naturaleza, comunidad– está implicado en la duración de cada historia personal, pero bajo el signo de la fragilidad, de la limitación, de la finitud. La salvación ofrecida por Dios no es un simple arreglo estético de la corporalidad destruida por la muerte, sino un nuevo estilo de vivir en el que ninguna realidad humana queda condenada a la destrucción.

A partir de esta experiencia humana y sobrenatural es posible acercarse a la vejez –y a la muerte– con un talante muy distinto. La metáfora que utiliza san Pablo está henchida de una esperanza y de un optimismo cristiano. Nuestra vida es una casa que, con el paso del tiempo, se resquebraja paulatinamente hasta que se derrumba por completo, pero este hecho no es motivo para la nostalgia y mucho menos para la desesperación. «Porque sabemos que si esta tienda, que es nuestra morada terrestre, se desvanece, tenemos un edificio que viene de Dios, una morada eterna, no hecha por mano humana, que está en los cielos» (2 Cor 5,1). Envejecer y morir forman parte de nuestra existencia. El sentido que revista este acontecimiento depende de la perspectiva con la que cada persona lo analice: una tragedia que deberá suavizarse lo más posible con cualquier tipo de entretenimientos o sin acordarse de ella para nada; un destino que la naturaleza nos impone a la fuerza y frente al que es inútil luchar, pues siempre ganará la partida; o una llamada que nos abre a otros horizontes.

⁴ Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual, nº 39.

El gran regalo de la fe nos posibilita el vivir esta experiencia como un tiempo de espera. A medida que las sombras se acercan y la vida se extingue, el creyente sabe que Dios está presente en esos momentos para convertir la noche en una eterna alborada. Como si el despojo, cada vez más pronunciado, de tantas cosas que se van abandonando fuera la llamada de Aquel que nos espera en la otra orilla.

Pocas oraciones hay tan llenas de optimismo y esperanza como la acción de gracias que elevamos a Dios en el prefacio más antiguo de difuntos: «Y así, aunque la certeza de morir nos entristece, nos consuela la promesa de la futura inmortalidad. Porque la vida de los que en tí creemos, Señor, no termina, se transforma, y al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el cielo». El *Descanse en paz*, que tanto se utiliza en la liturgia, y que permanece grabado sobre muchas tumbas, en su forma latina abreviada (R.I.P.), no es una frase vacía para el creyente. Sin negar la dura realidad, la nostalgia no brota por lo que se va perdiendo, sino que mira ilusionada a lo que está por venir. Mi ilusión sería que con la lectura de este libro el corazón de muchas personas se llenara de esta esperanza, para que brotara aquella súplica de la primitiva comunidad cristiana: *Ven, Señor Jesús*.